

tú me manifiestas! Tú, solo tú, te has compadecido del gusano pisoteado; solo tú no has quebrado la caña doblada por la tormenta; solo tú no has apagado la luz vacilenta y hasta mi muerte no has apartado tu rostro de la obra con que me he ocupado desde mi infancia, de la ofrenda que he querido hacer á los desamparados de la tierra y que jamás he podido hacerles! (4)

CARTA XII.

QUERIDO amigo, la emoción no me permitió continuar hablando en mi última carta, por lo cual dejé mi pluma, y he hecho bien, pues ¿qué son las palabras cuando el corazón cae en sombría desesperación, ó cuando se eleva á las nubes trasportado por el sentimiento deleitoso más sublime?

Amigo, ¿qué son aun las palabras fuera de esas alturas y de esas profundidades?

Yo veo en la eterna nada del atributo más elevado de nuestra especie, y también á su vez en la fuerza grandiosa y sublime de esa nada eterna,—*la palabra del hombre*,—la marca de fuego de la restricción excesiva de la cubierta en que nuestro espíritu aprisionado languidece. Yo veo en esa nada la imagen de la inocencia que nuestra especie ha perdido; pero yo veo también la imagen de la vergüenza que levanta siempre en mi alma la sombra de esa perdi-

da, sagrada inocencia, mientras que yo soy digno del don de la palabra; y mientras tanto soy digno de él, ese sentimiento de vergüenza engendra siempre en mí una fuerza que me incita á buscar de nuevo lo perdido y á recuperarme á mí mismo de la perdición. Amigo, en tanto que el hombre es digno del elevado atributo que caracteriza á su especie, el lenguaje, mientras que él lleva en sí mismo la voluntad sincera de ennoblecerse por el lenguaje, el lenguaje es para él un emblema santo y elevado de su naturaleza. Pero cuando no es ya más digno de él, cuando no se sirve de él con la íntima voluntad de emplearlo en su perfeccionamiento, el lenguaje se convierte para él en el primer instrumento de su perdición, un auxiliar miserable de las desdichas de toda especie, un manantial inagotable de ilusiones sin fin, una triste capa con que él cubre sus crímenes. Amigo, es una verdad espantosa, pero es una verdad: en el hombre corrompido, la corrupción aumenta por el lenguaje. Por él las miserias de los desgraciados se hacen más grandes aun, por él las tinieblas del error se oscurecen más, por él los crímenes de los malvados se hacen más criminales aun. Amigo, por la parlería la depravación en Europa crece sin cesar. Es insondable á donde los catálogos de libros de feria, siempre en aumento, conducirán á una generación cuyas debilidades, extravíos y violencias han llegado al punto que tenemos á la vista.

Mas vuelvo á mi tema. En las investigaciones empíricas sobre la cuestión de la enseñanza no he partido de ningún sistema positivo. Yo no conocía

ninguno, y me pregunté muy sencillamente: ¿Qué harías tú si quisieses enseñar á un solo niño toda la suma de aquellos *conocimientos y aptitudes* (1) que le son absolutamente necesarios *para llegar por una buena administración de sus intereses más esenciales á la satisfacción íntima de sí mismo?*

Mas veo, pues, que en todas las cartas que te he dirigido hasta aquí he considerado sólo el primer punto de vista de la cuestión: guiar al niño á la adquisición de *conocimientos*; pero nada he dicho de guiarlo á la adquisición de *aptitudes* en cuanto estas no son propiamente aptitudes de los ramos mismos de la enseñanza. Y sin embargo, las *aptitudes* que el hombre necesita poseer para llegar á la satisfacción íntima de sí mismo, están lejos de limitarse á aquellos ramos de instrucción que la naturaleza de mi método de enseñanza me ha obligado á tocar.

Yo no debo dejar subsistir esa laguna. Es tal vez el presente más horrible que un genio enemigo ha hecho á la generación actual: *conocimientos sin aptitudes*.

Hombre dotado de sentidos, tú, creatura cuya naturaleza física tanto necesita y todo lo desea, tú debes, á causa de tus deseos y de tus necesidades, *conocer y pensar*; mas, por esos mismos deseos y necesidades, tú debes también *obrar*. El pensamiento y la acción deben estar el uno con respecto al otro en la misma relación que la fuente y el arroyo: por medio de la cesación del uno, debe el otro detenerse también, y por el contrario. Pero esto no puede suceder nunca, si las *aptitudes* sin las cuales es impo-

sible la satisfacción de tus deseos y de tus necesidades no han sido cultivadas en tí con el mismo arte que el saber, si no han sido elevadas á la altura de los conocimientos que tú posees sobre los objetos de tus necesidades y de tus deseos. Mas el *desenvolvimiento* de esas *aptitudes* descansa sobre las mismas leyes mecánicas que sirven de base á la *formación* de nuestros *conocimientos*.

El mecanismo de la naturaleza es uno y el mismo en la vida de las plantas, en la de los animales, cuya organización es puramente material, y en la del hombre, cuya organización es también material, pero que es capaz de voluntad. Ese mecanismo es siempre semejante á sí mismo en los resultados triples que él puede producir en nosotros. En primer lugar, las leyes á las cuales él obedece obran no sólo físicamente sobre nuestro ser físico, de la misma manera que ellas obran sobre la naturaleza animal en general. Ellas obran, en segundo lugar, sobre nosotros, *en cuanto ellas determinan las causas materiales de nuestros juicios y de nuestras voluntades*; con respecto á este punto ellas son los fundamentos materiales de nuestras luces, de nuestras inclinaciones y de nuestras resoluciones. Ellas obran finalmente, en tercer lugar, sobre nosotros, *en cuanto ellas nos permiten adquirir las aptitudes físicas* cuya necesidad sentimos por nuestro instinto y reconocemos por nuestra inteligencia y cuyo aprendizaje nos imponemos por medio de nuestra voluntad. Pero aquí también, con respecto á este mismo punto de vista, el arte debe sustituirse á la naturaleza física, ó más bién á las condiciones

accidentales en que ella se presenta con respecto á cada individuo, en la educación de nuestra especie, para confiarla á los conocimientos, luces y disposiciones que ella nos ha enseñado á conocer desde siglos ha para bien del género humano.

El hombre en particular no ha perdido el sentimiento de esas necesidades esenciales de su educación; el instinto de su naturaleza, junto con los sentimientos que él tiene, lo conduce á esa senda. El padre no abandona á su hijo á la naturaleza, ni el maestro á su discípulo; pero los gobiernos se engañan siempre y en todo más que los individuos. El instinto no incita á las reuniones de los hombres, y cuando él no obra, la verdad goza siempre únicamente de la mitad de sus derechos.

Es un hecho efectivo que de lo que ningún padre se hace culpable para con su hijo, ningún maestro para con su discípulo, se hace culpable el *gobierno* para con el *pueblo*. En lo que concierne á la adquisición de las *aptitudes* que el hombre necesita para llegar por una buena administración de sus intereses más esenciales á la satisfacción íntima de su naturaleza, el pueblo de la Europa no recibe de los gobiernos ni la sombra de un impulso público y general. Él no goza en ningún punto de una enseñanza pública de las *aptitudes*, si se exceptúa *la de matar hombres*, cuya organización militar devora todo lo que se debe al pueblo, ó más bien todo lo que el pueblo se debe á sí mismo. Ella devora todo lo que se exprime de él y todo lo que se debe exprimir de él más y más en una progresión siempre creciente, porque él no obtiene jamás los resultados

para los cuales le han dicho que se le exprime. Mas, esas promesas que no se le cumplen jamás son de una naturaleza que, si se le cumpliesen, la exacción se trasformaría en justicia y la miseria del pueblo, como consecuencia de la justicia, en tranquilidad y en felicidad públicas. Mas hoy se arranca á la viuda el pan que ella se priva de llevar á la boca para darlo á su hijito, y ello sin utilidad ni provecho para el pueblo, pero sí contra sus intereses, para hacer *legales* y *legítimos* la ilegalidad y la indigna condición á las cuales él está sometido, absolutamente con el mismo espíritu con que se arrancaba el pan á la viuda y al huérfano para mantener el nepotismo eclesiástico y canónico. Para ambos, el nepotismo religioso y la ilegalidad laica, siempre so color de bien público, se ha recorrido á los mismos medios: los impuestos sobre el pueblo, los unos para la salud del alma, los otros para su felicidad temporal. Y por su aplicación notoria, los unos y los otros produjeron resultados esencialmente contrarios á la salud del alma y á la felicidad temporal del pueblo.

El pueblo de Europa es huérfano y desgraciado. La mayor parte de los que están bastante cerca de él para poder socorrerlo tienen siempre otra cosa que hacer que pensar en lo que hace la felicidad del pueblo. Se podría encontrar, ó se podría creer que muchos de ellos son humanos, cuando es les ve en un establo ó bien con los gatos; pero para con el pueblo no lo son; para con el pueblo muchos de ellos no son hombres. Ellos no tienen corazón para el pueblo, su corazón no late para él. Ellos vi-

ven de las rentas del país; mas ellos pasan su vida sin reflexionar ni un sólo instante sobre la situación que esas rentas crean á su alrededor. Ellos ignoran completamente hasta qué grado el crecimiento continuo de los expedientes y de los errores de la recaudación de los impuestos, la disminución siempre creciente de la buena fe en la práctica de la vida, la ausencia de responsabilidad, cada día más acentuada, para los que abusan de la fortuna pública y, como consecuencia directa de aquella, la exacerbación terrible del debilitamiento físico de las clases sociales de los hombres que no son por cierto responsables de hecho, pero sí de derecho, y que quieren lavar en las rentas sus manos sucias,—ellos no saben hasta qué grado estas cosas degradan al pueblo, llevan la confusión á su espíritu y lo privan de todo goce y de todo sentimiento humano. Ellos no saben hasta qué grado son hoy generalmente urgentes sus reclamos. Ellos no saben hasta qué grado aumentan cada día las dificultades para llevar en este mundo una vida religiosa y honorable, y dejar al morir á sus hijos bien establecidos según su condición. Ellos ignoran sobre todo la desproporción que existe entre lo que ellos exigen violentamente del desgraciado pueblo y los medios que le dejan para adquirir únicamente lo que ellos exigen de él. Mas, mi querido amigo, ¡á donde me conduce mi santa simplicidad! (2)

El desarrollo de las aptitudes físicas, que el Estado debería dar irremisiblemente y podría proporcionar fácilmente al pueblo, como el cultivo de los conocimientos esenciales, se basa, como toda ense-

ñanza de un mecanismo profundo, en un *ABC del arte*, es decir, sobre reglas técnicas generales. Observando esas reglas, la educación física podría ser dada á los niños en una serie de ejercicios que, progresando gradualmente de lo más simple á lo más compuesto, deberían producir resultados materialmente seguros y desarrollar en los niños una facilidad cada día creciente para apropiarse todas las aptitudes cuya posesión les es indispensable. Pero ese *ABC* no ha sido hallado todavía. Es enteramente natural: rara vez se descubre lo que nadie busca.—Era sin embargo muy fácil de encontrarlo:—se debe darle como punto de partida las manifestaciones más simples de las fuerzas físicas, manifestaciones que contienen la base de las aptitudes humanas aun más complicadas.

Golpear, llevar, arrojar, empujar, tirar, girar, torcer, blandir, etc. son las manifestaciones simples más importantes de nuestras fuerzas físicas. Esencialmente diferentes las unas de las otras, comprenden en su conjunto, y cada una en particular, los elementos de todos los actos posibles, aun los más complicados, sobre que descansan las ocupaciones de los hombres. El *ABC de las aptitudes* deberá, pues, comenzar evidentemente por ejercicios establecidos desde temprano, pero dispuestos según un orden psicológico, y aplicándolos á todos los actos en general y á cada uno de ellos en particular.

Pero así como en el *ABC de la intuición* estamos mucho más atrás de la mujer del Appenzell y de su ingenioso pájaro de papel, en el *ABC de las aptitudes* estamos mucho más abajo de los más misera-

bles salvajes y de su habilidad para golpear, arrojar, impeler, tirar, etc.

Es cierto que esa serie graduada de ejercicios, desde los primeros hasta los últimos, es decir, hasta la educación completa del sistema nervioso y la adquisición, hasta el más alto grado, de esa especie de tacto que nos permite ejecutar con seguridad y de cien maneras diferentes la acción de golpear y la de empujar, la de blandir y la de arrojar, y que nos da la seguridad del pie y de la mano tanto en los movimientos que son contrarios como en los que concurren á un mismo fin,—todo eso no es para nosotros más que castillos en el aire en materia de educación popular. La razón es obvia: no tenemos más que escuelas de deletreo, escuelas de catecismo, y necesitamos además *escuelas de hombres*. Pero estas no sirven á los principios del nepotismo y de la ilegalidad que son la razón de ser del empleo rutinero de nuestras rentas públicas; y al mismo tiempo ellas no son conciliables con las disposiciones nerviosas particulares del personal que toma para sí la parte más grande de los productos del nepotismo y de la ilegalidad del Continente Europeo.

El mecanismo que nos da las *aptitudes* sigue absolutamente la misma marcha que el que nos hace adquirir los *conocimientos*, y los principios sobre que descansa son, desde el punto de vista de nuestro desarrollo individual, mucho más profundos todavía que los que sirven de base á nuestros conocimientos. Para *poder*, debemos necesariamente *obrar*, para *saber*, podemos en muchos casos permanecer únicamente pasivos, nos basta en muchas ocasiones

sólo ver y oír. Por el contrario, en lo tocante á nuestras *aptitudes*, somos no solo el centro de su desarrollo, sino que al mismo tiempo determinamos aún, en muchos casos, el empleo que fuera de nosotros hacemos de ellas; pero siempre dentro de los límites que las leyes del mecanismo físico han establecido para nosotros. Como en el inmenso mar de la naturaleza inanimada, la situación, la necesidad, las circunstancias han especificado el aspecto individual de cada objeto, así en el mar inmenso de la naturaleza viva que produce el desarrollo de nuestras facultades, la situación, la necesidad y las circunstancias determinan el carácter especial de cada una de las aptitudes de que tenemos particularmente necesidad.

Conforme á estos puntos de vista se debe pues determinar esencialmente la aplicación de nuestras aptitudes, y toda dirección que, en el desenvolvimiento de nuestras facultades y de nuestras aptitudes, nos aleja del punto céntrico en que se apoya nuestra solícitud individual para todo lo que el hombre está obligado á hacer, soportar, proveer y cuidar durante toda la serie de los días de su vida; toda dirección que nos roba las particularidades específicas de las aptitudes necesarias que exigen de nosotros el servicio de la localidad y el servicio personal de nosotros mismos,—toda dirección de ese género, ó hace que nos descontentemos de él, ó nos hace de cualquier modo incapaces para desempeñarlo. Toda dirección de esta especie debe ser considerada como contraria al solo método de educación que sea bueno y humano, como un desvío de las leyes de la

naturaleza y de las relaciones armónicas de nuestro ser consigo mismo y con todo lo que existe. Por consiguiente, ella debe ser considerada como un obstáculo á nuestro propio perfeccionamiento, á nuestra educación profesional, al desarrollo en nosotros del sentimiento del deber, como un guía engañoso que pone en peligro lo que tenemos de más precioso en nosotros, y que nos impide unirnos sincera y apasionadamente á lo que constituye nuestra verdadera individualidad, á nuestras relaciones reales y positivas. Un sistema de enseñanza que lleva en sí el germen de todos los males, cuando la vida del hombre está llena de obstáculos, debe ser una cosa horrible para la madre y para el padre de familia que toma á pechos la tranquilidad de la existencia de sus hijos, tanto más cuanto que las desgracias incalculables causadas por una civilización aparente y sin fundamentos, y aun las calamidades producidas por nuestra desgraciada *revolución de mascarada*, han debido encontrar su fuente principal en los errores de esta naturaleza que se manifestaban á la vez, desde generaciones, en la instrucción y en la falta de instrucción del pueblo. (3)

Hemos visto que el método psicológico empleado para desarrollar nuestra facultad de conocer debe fundarse en un ABC de la intuición y dirigirse á servir de guía al niño para elevarse, sobre ese fundamento, al más alto grado de pureza de las nociones claras. Asimismo para el desenvolvimiento de las aptitudes, que son la base material de la *virtud*, es necesario, descubrir también un ABC del desarrollo de esas facultades, y que sirva de guía para

preparar al niño á la armonía de las funciones físicas que requieren la sabiduría humana y las virtudes prácticas de nuestra especie, y que nosotros debemos reconocer como el sostén de nuestro aprendizaje de la virtud, hasta que nuestra organización perfeccionada por este método no necesite ya de *andadores* y hasta que nosotros nos hayamos elevado á la virtud subsistente por sí misma, en toda su madurez. Estos son los puntos de vista que sirven de base en su desarrollo al solo procedimiento que puede ser reconocido como propio para formar los hombres á la virtud. Él consiste *en pasar de las aptitudes perfectamente adquiridas al conocimiento de las reglas*, del mismo modo que la forma del cultivo de los conocimientos consiste *en pasar de intuiciones perfectas á nociones claras*, y de éstas á su expresión por las palabras, esto es, á las definiciones. Por eso es que, así como el empleo prematuro de las definiciones antes de la intuición hace de los hombres fatuos presuntuosos, las disertaciones sobre la virtud, antecediendo á la práctica de la virtud, los conducen al vicio orgulloso. Yo no creo que la experiencia me desmienta en esto. Los vacíos en la enseñanza práctica y material de la virtud no pueden tener otras consecuencias que los vacíos en la enseñanza práctica y material de la ciencia.

Mas yo toco aquí un problema mucho más grave que el que he creído haber resuelto. Ese problema es el siguiente:

“¿Cómo puede ser colocado el niño de suerte que, “teniendo en mira no sólo la naturaleza de su des-

“tino sino también las vicisitudes de posición y de las relaciones de la vida, lo que en el curso de su existencia requerirán la necesidad y el deber se convierta fácilmente y en todos los casos posibles en una segunda naturaleza?”

Yo toco aquí el problema que consiste en hacer de la pequeña niña, cuando ella lleva aún los vestidos de la infancia, la compañera que contentará al esposo, la valerosa madre que estará á la altura de su misión; yo toco aquí el problema que consiste en formar en el niño, que viste aún traje infantil, el marido que contentará á su mujer, el padre vigoroso que sabrá llenar los deberes de su estado.

¡Qué problema, amigo mío! ¡Hacer que el espíritu mismo de la misión que ellos están llamados á desempeñar se convierta para los hijos de los hombres en una segunda naturaleza! ¡Y qué tarea más elevada aun: hacer pasar á la sangre y á las venas los medios materiales que favorecen las disposiciones nativas á la sabiduría y á la virtud, antes que la efervescencia de los placeres y los libres goces naturales haya llevado á la sangre y á las venas una corrupción profunda, moral, á la sabiduría y á la virtud!

Amigo, este problema ha sido también resuelto. Las mismas leyes del mecanismo físico que desarrollan en nosotros los principios materiales de la sabiduría, desarrollan igualmente los medios materiales que nos facilitan la virtud. Pero, mi querido amigo, no me es posible exponer ahora la solución detallada de esta cuestión; la reservo para otra vez.

CARTA XIII.

AMIGO, me habría llevado demasiado lejos, lo repito, el entrar por ahora, en los detalles de los principios y de las reglas sobre que descansa el cultivo de las *aptitudes* más esenciales de la vida. Mas yo no quiero terminar mis cartas sin tocar una cuestión que es la clave de todo mi sistema: ¿Cómo se relaciona el sentimiento de la Divinidad, en su esencia, con los principios que he reconocido en general como verdaderos con respecto al desarrollo de la especie humana?

Aquí también busco en mí mismo la solución de este problema, y me pregunto: ¿Cómo brota en mi alma la idea de Dios? ¿Cómo es que yo creo en un Dios, que me arrojo en sus brazos, que me siento feliz cuando lo amo, confío en él, le doy gracias, le obedezco?

Yo no tardo en descubrir que los sentimientos del amor, de la confianza, de la gratitud, que la disposición á la obediencia deben estar necesariamente desarrollados en mi corazón antes que yo pueda aplicarlos á Dios. Es menester que yo ame á los hombres, que yo confíe en los hombres, que yo agradezca á los hombres, que yo obedezca á los hombres antes que yo pueda elevarme al amor de Dios, á dar gracias á Dios, á tener confianza en Dios, á obedecer á Dios: “porque el que no ama á su her-